

# lto un asesino

«El análisis pericial del doctor Frontela —dice el juez Moreno Andrade— fue una prueba más de cuantas se han realizado a lo largo de estos años, sin que supusiera un especial avance en la investigación».

Pero lo que sí sirvió la exhumación es para demostrar que José González había sido también asesinado, lo que descartaba como asesino, y así se lo dijo el juez a sus familiares, quienes durante los últimos años habían soportado todo tipo de humillaciones y comentarios injuriosos acerca de los fallecidos. Desde entonces, Pepe y Asunción reposan bajo una lápida en la que se especifica que ambos fueron asesinados.

## Búsqueda del asesino

El juez Moreno Andrade dice no tener ni siquiera un sospechoso, «porque lo que no está en el suma-

rio no está en el mundo». Y no se atreve a hacer conjeturas. Pero, al mismo tiempo, sabe que hay quien podría contar muchas cosas. El pueblo de Paradas, en su conjunto. «No es que haya habido un pacto de silencio, pero sí una gran falta de colaboración ciudadana. Lo que se comenta allí o acá no es posteriormente repetido ante el juez».

Muchos son los puntos oscuros en el crimen de Los Galindos. No se sabe quién movió el cuerpo de Zapata; quién lavó la cara de Juana, su mujer, ya muerta; quién hizo que Pepe fuese a por su mujer a Paradas; quién ocupaba los dos coches vistos salir precipitadamente del lugar de los hechos a la hora aproximada en que ocurrieron las muertes. Y muchos más interrogantes.

Once años después, Los Galindos sigue encerrando su misterio.



El 22 de julio de 1975, el cortijo Los Galindos pasó a formar parte de la crónica negra andaluza.

## Un martes de julio, hace once años, en Los Galindos

Martes 22 de julio de 1975. Alrededor de las seis de la tarde. El sol cae con indolencia sobre las frentes sudorosas de los peones del cortijo Los Galindos. Acaban de dejar el tajo. Regresan del olivar, donde han estado podando los troncos retorcidos. Han estado «haciendo cuchillos».

Caminan todos ajenos a la tragedia. Cansados. Deseosos de encontrar un lugar a la sombra y un búcaro con que luchar contra el tórrido verano. A lo lejos, por donde el cortijo, hay humo; pero piensan que habrán quemado unos rastrojos. Siguen andando. No mucho, cuando Antonio Fenet ve que no, que el humo no lo ha producido una quema de rastrojos; que están ardiendo unas pacas de paja en el cobertizo, junto a la máquina empacadora.

Hay prisas en sus pasos cuando llegan al cortijo. Pensando en el daño que el fuego puede causar a la máquina, la retiran y, sin extrañarse de las demás ausencias, apagan las llamas. Rostros y manos ennegrecidos, quieren lavarse. Y ya en el patio observan alarmados que hay sangre en el suelo. Mucha sangre. «Aquí ha habido un accidente», piensan. Dudan si acudir a Paradas, al cuartelillo, para ver qué desgracia ha ocurrido. Piensan en un accidente laboral. Es posible. Pero ya casi en el camino, Fenet ve un cartucho de escopeta.

Paradas. Cuartel de la Guardia Civil. Los peones, pálidos, denun-

cian lo que han visto. El cortijo está vacío. Bajan todos de nuevo al lugar. La sangre. Y desde ella un enorme reguero que desaparece detrás de la puerta del dormitorio del capataz, Manuel Zapata. La puerta está cerrada. La fuerzan. Dentro, el horror. Juana Martín, la mujer de Manuel, yace en el suelo, entre las camas, bañada en sangre. La cabeza destrozada a golpes.

Paradas no tiene entonces forense, ni juez. Las plazas están vacantes. Sólo hay sustitutos. El levantamiento del cadáver lo realiza Alejandro Arcenegui, forense ya jubilado. Tiene setenta y cinco años y provisionalmente ejerce de interino.

Se ha dado aviso al administrador de la finca, Antonio Gutiérrez Martín, y al propietario, el marqués de Grañina, Gonzalo Fernández de Córdoba y Topete, que se encuentra en Málaga en un funeral. Con el administrador llega la marquesa.

Todo ha concluido y todos se aprestan a marcharse. El forense, cansado, decide que ya es tiempo de fumarse un cigarrillo. Y sale al patio, a la sombra del cobertizo en el que ardieron las pacas de paja. Una calada. El humo se pierde camino de la dorada tarde. El forense lo sigue con la mirada. La mirada que se estrella contra las pacas calcinadas. Sobre ellas hay algo —«eso parece un fémur», se dice el médico—. Con sus setenta y cinco años a la espalda, Alejandro Arcenegui trepa la cima y descubre más horror.

Dos cuerpos yacen calcinados sobre la paja. El revuelo. Han aparecido los cuerpos de José González Jiménez, de veintisiete años, y de su mujer, Asunción Peralta Montero, de treinta y cuatro, embarazada.

La tarde declina ya. La voz ha corrido como pólvora y Los Galindos comienzan a poblarse de aviesas miradas. El morbo siempre atrae. El forense ha terminado el levantamiento de los cadáveres. —«Aquí ya no hay nada que hacer»—. Se aprestan a la marcha. Pero habrá más. Su hijo, junto al camino de acceso al cortijo, ha descubierto algo bajo otras pacas de paja. —«Aquí parece que hay otro cadáver», se dice, sin creer sus propias palabras—. Pero lo hay. Arrastrado por una pierna aparece el cuerpo sin vida de uno de los tractoristas de la finca, Ramón Parrilla González, de cuarenta años. Alejandro Arcenegui dictamina, a priori, que la muerte le ha sido producida por dos disparos de escopeta. Uno de frente —había perdigones en los brazos. Había querido cubrirse—. Otro en la espalda.

Mientras Los Galindos se puebla de más curiosos, Manuel Zapata no aparece. Es el quinto. Se sospecha. Treinta y seis horas después es dictada una orden de búsqueda y captura contra quien se cree, en principio, autor de las demás muertes. Su perro tampoco aparece. —«Zapata ha huido»—. Se dan batidas. Se

rastrea la finca. Se acordona el lugar. Nada.

Viernes 25 de julio. Por la mañana. La noche anterior había quedado prácticamente eliminado el cordón policial. Junto a la casa, apenas a una veintena de metros de la edificación, aparece un cadáver. Es el segundo en dos días. El jueves fue hallado un ahorcado que se pensó en principio era Zapata, que había puesto fin a su vida. Pero no. Zapata yacía muerto junto a la casa. Hinchado. Maloliente. Como a los demás, lo habían matado a golpes.

Era el quinto.

El cuerpo había aparecido bajo unas pacas de paja. Siempre igual, oculto bajo paja. Pacas de paja fresquita, como recién cortada. Pacas que no estaban allí.

Meses más tarde, en una rueda de prensa en la Jefatura Superior de Policía, se anunciaba otra hipótesis. José González había matado a todos los demás y luego había subido a Paradas para buscar a su mujer. discutió con ella y también la mató. Luego la echó sobre la paja y prendió fuego. La tesis policial no sabía si José se había quemado accidentalmente o, en un acto de arrepentimiento, había decidido darse muerte. Absurdo.

Ocho años después, un examen forense sentenció que José González, como los demás, había sido muerto a golpes y luego calcinado.

No había, no hay, asesino del crimen de Paradas.